

MAUPASSANT Y LA COMPOSICIÓN DE MONT-ORIOLE

Mont-Oriol apareció a la venta al público el 6 de febrero de 1887, tras haber sido publicada por entregas en el *Gil Blas* desde el 23 de diciembre de 1886. En el transcurso de una entrevista con un amigo que guardó el anonimato (probablemente el Sr. Hugues Le Roux), Maupassant decía de su obra:

Este es un libro que he querido llenar de ternura. Lo he escrito casi a mi pesar, después de un mes de ensoñaciones paseadas a través de la Limagne, en una región de una dulzura extraordinaria que me ha envuelto, ablandado, enternecido... Le he tomado gusto a soñar *Mont-Oriol*, acostado en los bosques, sobre esa tierra balsámica, con los horizontes azules de La Limagne extendidos a mis pies. He intentado plasmar en mi libro ese fondo de cielo, ese perfume de tierra¹.

Esa «región de dulzura», Auvernia, es esencialmente Châtel-Guyon, donde Maupassant estuvo en su estación termal durante el verano de 1885. El 15 de mayo de ese año, en efecto, durante su viaje a Italia y Sicilia con sus amigos Henri Amic, Georges Legrand y el pintor Gervex, enviaba sus noticias a la Sra. Lecomte du Nouy y, desde Raguse, le comunicaba sus proyectos inmediatos:

Creo que regresaré a París dentro de quince o veinte días. Y luego me iré a Etretat y después a Auvernia, a Châtel-Guyon, pues mi estómago no marcha demasiado bien y mis ojos no ven del todo².

Llegado a Châtel-Guyon hacia finales de julio, Maupassant permanece allí casi todo el mes de agosto, donde concibe la trama de *Mont-Oriol*. En una carta dirigida a su madre, que no lleva otra indicación de fecha que la de un sábado, tres días antes de su partida, y que bien podría tratarse del sábado 22 de agosto de 1885, escribe:

No hago nada más que preparar dulcemente mi novela. Será una historia bastante corta y muy sencilla en este gran paisaje tranquilo; no se parecerá mucho a *Bel-Ami*³

Su estancia en Châtel-Guyon no resultaba nada alentadora, según parece, pues Maupassant continúa: «Se aburre uno aquí de un modo tan formidable que la mayoría de los enfermos no regresarán a pesar del bien que sus aguas les procuran.» Pero las excursiones a través de los lugares de los alrededores rompían la monotonía de la estación termal, y, desde luego, Maupassant exploró toda la región, a veces incluso a unas distancias muy alejadas, puesto que dice a su madre:

He visto Châteauneuf, el rincón más bonito de Auvernia que conozco – valle profundo en medio de soberbias rocas, – luego Pontgibaud, otro valle menos bonito, luego, encima de Volvic, el cráter de la Nachère (*sic*, leer: La Nugère) de donde se

¹ *La Vie à Paris*, en *le Temps* del 12 de febrero de 1887.

² *Correspondance*, en el volumen *Boule de Suif*, ediciones Conard, 1908. La carta está fechada en 1884, pero por error, pues el viaje de Italia tuvo lugar en la primavera de 1885. Ver además en *Jour passés*, de Henri Amic y el autor *d'Amitié amoureuse* (Ollendorff, 1908), p. 206. una carta de la madre de Maupassant a la madre del Sr. Henri Amic, del 17 de abril de 1885, donde se dice: «Puesto que va usted a ir a Vichy este verano, es posible que se encuentre con Guy que debe pasar un mes en Châtel-Guyon.»

³ *Correspondance*, en el volumen citado. Por un nuevo error, esta carta está aquí datada en agosto de 1886; pero en el Apéndice de *Mont-Oriol* de esta misma edición Conard (1910), la fecha ha sido juiciosamente restituida a agosto de 1885.

divisa un horizonte extraordinario sobre la Limagne y sobre la alta planicie de donde surgen los picos. Salen de esa llanura como unos enormes clavos de cabeza truncada.

Maupassant regresaba con los ojos encantados y el corazón conmovido. En otra carta, dirigida el 17 de agosto a Henri Amic, deja adivinar los sentimientos que experimenta:

Acabo de realizar unas admirables excursiones por Auvernia; realmente es una región soberbia y de una impresión particular que voy a tratar de aprovechar en la novela que estoy comenzando.⁴

Con el Sr. André Hallays⁵, se imagina fácilmente que relacionaba «una rica colección de notas y de estudios según las observaciones de la naturaleza, y que tenía sus carpetas llenas de bocetos». De esos bocetos y de esos estudios hizo un resumen en el artículo *Mes vingt-cinq jours*⁶, aparecido en *el Gil Blas* del martes 26 de agosto de 1885⁷. Es el diario de su estancia en Châtel-Guyon, y ya se encuentran allí breves anotaciones, gérmenes de más de una página de *Mont-Oriol*.

He aquí la Limagne descrita por medio de tres adjetivos: «inmensa y plana, siempre envuelta en un ligero vaho de vapores». Esos adjetivos de desarrollaron en tres frases en *Mont-Oriol*, para sugerir el paisaje:

Cuando llegaron a la cima, la joven emitió una exclamación de asombro ante el inmenso horizonte desplegado de repente bajo sus ojos. Frente a ella se extendía una llanura infinita que de inmediato producía en el alma la sensación de un océano. Se alejaba, velada por un vapor ligero, un vapor azul y suave, hasta unos montes muy lejanos, apenas entrevistos.

Y se recuerda que esta pintura de la Limagne esbozada bajo el aspecto de un espacio infinito, cubierto de un ligero velo azul, regresa en la novela como un leitmotiv, por ejemplo, «la amplia llanura, siempre cubierta de una pequeña bruma de vapor azul»; «esta Limagne azul, y tan amplia que parecía hinchar el alma»; «La Limagne inmensa, de lejanías invisibles, ahogada en las brumas»; «una inmensa planicie de aspecto desolado que, alta ella misma uno mil metros por encima de la Limagne, la dominaba hasta perderla de vista hacia el este y el norte, hasta el invisible horizonte, siempre velado, siempre azulado». Ahora bien, en *Mes vingt-cinq jours*, ese recuerdo recurrente se reitera de nuevo ya, puesto que al final del artículo se lee esta frase, semejante a la del principio:

Me despido... del casino desierto desde donde se ve, siempre velada en su bruma ligera y azulada, la inmensa llanura de la Limagne.

Pero de esta superficie sin límites, emergen algunos detalles aquí y allá, que la mirada apenas percibe. Maupassant los enumera sirviéndose casi siempre de los mismos

⁴ A. Lumbroso. *Souvenirs su Maupassant* (Roma, 1905), p. 400. Ver también *En regardant passer la vie*, por el autor de *Amitié amoureuse* y Henri Amic (Ollendorff, 1903), donde ha sido incorporada esa carta, p. 41.

⁵ *Journal des Débats*, 27 de febrero de 1887.

⁶ Traducido al castellano como *Diario de un enfermo*. (Nota del T.)

⁷ Este artículo, que Maupassant había olvidado juntar a su obra reunida, fue recuperado en 1900 por el editor Ollendorff en el volumen titulado *Le Colporteur*. Está reproducido en la edición Conard, *Obras postumas*, t. I. p. 243 y siguientes.

términos, tanto en su artículo como en su novela. «A la derecha, por la garganta angosta del valle, descubro una llanura infinita como el mar, sumergida en brumas azuladas, que velan casi por completo los caseríos, los pueblos, los campos dorados por la cosecha madura y las praderas verdes y sombreadas por los manzanos.»; lo que se convierte en *Mont-Oriol* :

Y bajo la bruma transparente, tan fina, que flotaba sobre esa amplia extensión de la región, se distinguían ciudades, pueblos, bosques, los enormes rectángulos amarillos de los dorados trigales, los grandes cuadrados verdes de los pastizales, unas fábricas de grandes chimeneas rojas y campanarios negros y puntiagudos contruidos con la lava de antiguos volcanes.

Después de Normandía, Auvernia es la región de Francia que más le gusta a Maupassant. Él usa un epíteto favorito para calificarla: el epíteto de «dulce».

«Estamos en el país más seductor, el más dulce, el más relajante que jamás haya visto», hace decir a Paul Brétigny en *Mont-Oriol*; lo que se corresponde con la serie de adjetivos yuxtapuestos en *Mes vingt-cinq jours*:

Este país es delicioso, aunque triste, pero tan tranquilo, tan dulce, tan verde.

La vida en Auvernia es rica en aspectos pintorescos que el escritor ha captado con su ejercitada mirada. Uno sobre todo le llama la atención: los arreos de las vacas. Los describe en el diario de su bañista del siguiente modo:

Una hilera de carretas cargadas de heno se acercaban arrastradas por vacas emparejadas dos a dos. Los lentos animales, con la testuz baja inclinada por el peso del yugo y los cuernos atados a la barra de madera, caminaban penosamente; y bajo su piel se veían agitarse los huesos de sus piernas. Delante de cada arreo, un hombre en mangas de camisa, chaleco y sombrero negro, iba con una vara en la mano, dirigiendo la marcha de los animales. De vez en cuando se giraba y sin golpear nunca, tocaba el lomo o la frente de una vaca que guiñaba sus gruesos ojos vagos y obedecía a su gesto.

Las emanaciones de esos animales se mezclan con los perfumes del aire, resultando un aroma especial que Maupassant caracteriza en *Mont-Oriol* como un olor a vainilla:

Y todas esas vacas que van por los caminos... siembran sobre los caminos ese olor a establo, que mezclado con la fina polvareda, da al viento un sabor de vainilla.

Eso es lo que ya había dicho en términos casi idénticos en *Mes vingt-cinq jours*:

Si hace mucho calor, el polvo lleva consigo un ligero y vago olor a vainilla y establo; pues pasan tantas vacas por estos caminos que dejan por todas partes un poco de ellas.

El pueblo termal no es original y el balneario rudimentario. Dos frases bastaron a Maupassant en su diario para mostrar el uno y el otro:

Châtel-Guyon se compone de un arroyo por donde discurre el agua sulfurosa entre varias colinas donde están contruidos un casino, unas casas y unos cruceros.

Al borde del arrollo y al fondo de un valle se ve un edificio cuadrado rodeado de un jardín; es el balneario.

Este es un esquema que recibirá algún desarrollo más amplio en *Mont-Oriol*. Desde el principio de la novela, encontramos en efecto «el arroyo que desciende desde las gargantas de Enval» y «el soberbio valle de Auvernia, salvaje y alegre sin embargo, plantado de nogales y castaños gigantes.» Luego, un poco más adelante, todo el conjunto aparece bajo esta pintoresca descripción:

Habría allí unos cincuenta, atraídos sobre todo por la belleza de la región, por el encanto de ese pequeño pueblo ahogado bajo enormes árboles cuyos troncos torcidos parecían tan gruesos como las casas, y por la reputación de las gargantas, de ese extremo de valle extraño, abierto a la gran planicie de Auvernia, y acabando bruscamente al pie de la alta montaña, de la montaña erizada de antiguos cráteres, acabando en una grieta salvaje y soberbia, llena de rocas desprendidas o amenazantes, donde discurría un arroyo que caía sobre las piedras gigantes formando un pequeño lago ante cada una.

Del mismo modo el establecimiento se ve mejor, al menos en su disposición general:

Otros llegaban del pueblo y entraban en el balneario con aire presuroso. Era un gran edificio cuya planta baja estaba dedicada a los tratamientos termales, mientras el primer piso servía de casino, café y sala de billar...una amplia residencia multiusos, que servía igualmente para la recuperación de la salud y el placer, donde en la planta baja se vendía agua mineral, duchas y baños y un poco más arriba, cervezas, licores y música.

Los clientes se pasean por un pequeño parque de tres avenidas. Son personas tranquilas que vienen para cuidarse y de costumbres poco complicadas.

De vez en cuando, leemos en *Mes vingt-cinq jours*, como un caballero o una ama se acerca a un kiosco con techumbre de pizarra que regenta una mujer de rostro sonriente y dulce, y una fuente que brota en una cava de cemento. Ni una palabra se intercambian el enfermo y la aguadora. Ésta tiende al recién llegado un pequeño vaso donde bullen unas burbujas de aire en el transparente líquido. El otro bebe y se aleja con paso grave, para retomar bajo los árboles su paseo interrumpido.

En *Mont-Oriol*, la escena se anima más y «la mujer de rostro sonriente y dulce» tiene más protagonismo:

Se había hecho brotar... una fuente artificial derivada de la fuente principal y que vertía su caudal en una gran cubeta de cemento, cubierta por un techo de paja, bajo la vigilancia de una mujer impasible a quién todo el mundo llamaba familiarmente María. Esta tranquila aldeana, tocada con un pequeño gorrito inmaculadamente blanco, y casi completamente cubierta por un largo delantal siempre limpio que ocultaba su uniforme de servicio, se levantaba con lentitud cuando observaba en el camino a un bañista acercándose hacia ella. Habiéndolo reconocido, tomaba su vaso en un pequeño armario portátil y acristalado, luego lo llenaba suavemente mediante una escudilla de zinc montada al extremo de un mango. El bañista sonreía tristemente, bebía, tomaba el vaso diciendo: “¡Gracias, María!” luego daba la vuelta y se iba. Y María se volvía a sentar en su silla de mimbre para esperar al siguiente.

Ambas descripciones, se superponen en los detalles, y ambas, en su tonalidad grisácea, revelan la tristeza que planea sobre la villa termal. Ni el hotel, ni el casino aportan distracción alguna. El primero «es un gran hotel en el que se cena con seriedad entre personas como Dios manda que nada tienen que decir»; el otro, «una pequeña cabaña de madera edificada sobre un montículo» y donde por la tarde «una orquestilla toca unas melodías, como un pájaro loco que cantase solo en el desierto». Eso es lo que Maupassant registra en su diario. Por el contrario, en *Mont-Oriol*, muestra una realidad más rica que dispone a una notación irónica y alegre. La estación está provista de tres hoteles con letreros tentadores y las mesas se animan a veces de conversaciones no desprovistas de interés. El casino, bajo la dirección del rubicundo Petrus Martel, del Odeón, presenta una compañía de actores con una actriz principal, un actor principal y cómico; y la orquesta se compone de un pianista, un flautista, un contrabajo y se enorgullece de tener como director al maestro Saint-Landri, segundo gran premio del Conservatorio.

En *Mes vingt-cinq jours* Maupassant recuerda las excursiones que había efectuado por los alrededores cercanos o más alejados de Châtel-Guyon. En primer lugar Enval, donde están relacionados sin desarrollar los episodios de *Mont-Oriol*:

Se trata de una estrecha garganta encerrada entre unos roquedales soberbios al mismo pico de la montaña. Un arroyo discurre en medio de las rocas amontonadas.

Luego «el encantador valle boscoso» que conduce a la ermita de Sans-Souci. Es en «ese camino estrecho, bajo los pinos, al borde del pequeño río», «a través de los macizos entremezclados», donde los enamorados de *Mont-Oriol* extraviarán sus «pasos lentos». Otro día es registrada una «larga excursión a pie al antiguo cráter de la Nugère»; pero la novela, en un armonioso lenguaje, describirá ese cráter:

Profunda hondonada de césped en cuyo fondo aún se veían tres enormes bloques de lava parda, que había levantado el último aliento del monstruo y habían caído a continuación en sus expirantes fauces, en las que llevaban siglos y siglos, en las que se habían quedado para siempre.

En el horizonte está Royat, «borrón de hoteles al fondo de un valle, a las puertas de Clermont-Ferrand. Mucha gente. Gran parque lleno de movimiento. Soberbia vista del puy de Dôme visto al final de una perspectiva de valles». La redacción de *Mont-Oriol* ignora el sitio para pintar mejor los variados aspectos de la multitud:

Bajaron al parque de Royat para escuchar la música. El ejército de bañistas, sobre las sillas, en torno al kiosco donde el director de orquesta dirigía los compases de los instrumentos de viento y los violines, miraba desfilas a los paseantes. Las mujeres mostraban sus vestidos, sus pies extendidos hasta el barrote de la silla contigua, con sus frescos sombreros de verano que las hacían más encantadoras

Châteauneuf, cuyo nombre solo está citado en *Mont-Oriol*, está calificado en *Mes vingt-cinq jours* de «estación de reumáticos donde todo un mundo cojea». Riom, «triste villa cuyo anagrama constituye un enojosa publicidad para unas fuentes curativas: Riom, mori⁸», no se percibirá más que de lejos en la novela, como «formando una mancha roja, una mancha de tejas en la llanura», y el presagio de muerte contenido en

⁸ Juego de palabras intraducible. Riom, al revés mori (morir) (Nota del traductor)

su nombre será pasado por alto. ¿Esta modificación no tendrá por motivo alguna preocupación literaria: la de hacer desaparecer una evocación siniestra? Paralelamente la palabra *gauoise*, tan familiar a Maupassant, parece haber sido barrida deliberadamente de *Mont-Oriol*, donde estaría fuera de lugar con el estilo en general mantenido y el tono sentimental de la obra. Es porque allí no se encuentra esta historia de ligero folclore local que, en *Mes vintq-cinq jours*, cuenta como «un admirable bosque de nogales» ha acabado por llamarse «los pecados del señor cura».

Pero la más pintoresca de las excursiones de Châtel-Guyon es sin duda la del lago de Tazenat, y Maupassant no podía dejar de acometerla. Provocó en él una intensa emoción que se trasluce sobre todo en la novela. Pues en su diario de bañista, se limita a un relato sucinto. Parta nuestro disfrute estético, retomemos los elementos y comparémoslos en las pagina correspondientes de *Mont-Oriol*.

La excursión, en el relato, habría sido decidida repentinamente:

Paseo en carruaje descubierto al hermoso lago Tazenat. Expedición exquisita, inesperada; lo convinimos a la hora del almuerzo. Nos levantamos bruscamente de la mesa para tomar el coche.

Por el contrario en la novela, y de un modo más conforme a la realidad, se requieren algunos preparativos:

Pero se decidió realizar una gran excursión. Había que llevar provisiones en el landau de seis plazas e ir a cenar con las hermanas Oriol, a orillas del pequeño lago de Tazenat... para regresar de noche al claro de luna.

Partieron después del mediodía .

El trayecto, según el diario, consiste en una «larga ruta entre montañas», mientras que en la novela se presta a variados detalles: estado de la atmósfera, psicología de los turistas, particularidades del camino y del paisaje. Finalmente he aquí el lago:

Un lago admirable, pequeño, redondo, azul, transparente como un cristal, dormido en la cavidad de un viejo cráter. Una orilla es árida, pedregosa; la otra, fértil, llena de árboles... La ladera inclinada y alta encierra al lago inmóvil, brillante y redondo como una moneda de plata.

Esta es la descripción que se lee en *Mes vingt-cinq jours*. Es de una delicada sobriedad y tal vez pueda ser preferida al cuadro más rico que se encuentra en *Mont-Oriol*.

Christiane descubrió de pronto en un vasto y profundo cráter un hermoso lago fresco y redondo como una moneda de plata. Las rápidas pendientes del monte, boscosas a derecha y desnudas a izquierda, caían en el agua que rodeaban desde una altura elevada y regular. Y esta agua en calma, plana y reluciente como un metal, reflejaba los árboles por un lado, y la zona árida por el otro con una nitidez tan perfecta que ni siquiera se distinguían las orillas y sólo se veía, en aquel inmenso embudo en cuyo centro se reflejaba el cielo azul, un agujero claro y sin fondo que parecía horadar la tierra de parte a parte hasta el firmamento del otro lado.

Ahí es, «en una casita en medio de los árboles», donde Maupassant encuentra «a un hombre amable y gentil, un sabio que pasaba sus días en ese retiro virgiliano» El lo volvería a ver al menos una vez aún antes de que ese solitario sucumbiese a un mal

trágico, y sin embargo no habla de él en su novela, donde la única casita está consignada y además desfigurada:

Una pequeña casita, un pabellón de cazadores o pescadores, tan estrecho que no debía contener más que una sola habitación.

El lago es atractivo, pues «el sol allí vierte en lluvia su cálida luz». También, según su diario, Maupassant propone a las dos jóvenes que lo acompañan a bañarse, y pronto «a lo largo de las rocas, la carne blanca se desliza en la ola casi invisible en la que las nadadoras parecen suspendidas. ¡Sobre la arena del fondo se ve pasar la sombra de sus movimientos!» Los ojos se deleitan con esta graciosa escena pagana. Pero cuán admirable es la página correspondiente de *Mont-Oriol*, que, de un poderoso colorido, describe los aspectos cambiantes del lago:

El día comenzaba a caer; el aire se impregnaba de frescor; una extraña melancolía se abatió con el declive de la jornada sobre el agua durmiente en el fondo del cráter. Cuando el sol estaba a punto de desaparecer y el cielo se había puesto a llamear, el lago tuvo de pronto la apariencia de una cubeta de fuego; luego, tras la ocultación del sol, tornándose el horizonte rojo como un brasero que va a apagarse, el lago parecía una cubeta de sangre. Y de pronto, sobre la cresta de la colina, se levanta la luna casi llena, completamente pálida en el firmamento todavía claro. Luego, a medida que las tinieblas invadían la tierra, ésta se alzó reluciente y redonda, por encima del cráter, tan redondo como ella. Parecía como si se fuese a arrojar a él. Y, cuando estuvo en lo alto del cielo, el lago tuvo el aspecto de una cubeta de plata. Entonces, sobre su superficie, todo el día inmóvil, vieron cruzar estelas, rápidas y lentas. Se hubiesen dicho espíritus revoloteando a ras del agua, arrastrando por ella invisibles velos. Eran los grandes peces del fondo, las carpas seculares y los voraces lucios, que acudían a retozar al claro de luna.

Esto es hermoso. – Sí, ¿pero por qué ese lujo de citas y relaciones? Para mostrar, con pruebas convincentes como apoyo, que hay que considerar *Mes vingt-cinq jours* como una de las fuentes de *Mont-Oriol*. Esta crónica es un vulgar artículo de periódico, escrito según la pluma lo lleve, donde la composición peca por defecto de equilibrio y que no testimonia ninguna preocupación de arte literario, salvo algunas imágenes e expresiones evocadoras, piedras preciosas brillando en la grava y que revelan al maestro. Pero sin embargo, este artículo ofrecía la ventaja de traducir sensaciones experimentadas, y Maupassant, abordando la redacción de *Mont-Oriol* no podía dejar de tomar partido de él. Pues allí encontraba el boceto del pintoresco marco en el que se desarrollan los acontecimientos descritos en la novela. Y ya, para modelar este cuadro y embellecerlo, *Mes vingt-cinq jours* contenían diversas joyas que a él le bastaba engastar. Pero no lo hizo adrede, y es porque no consideró recoger de una crónica de la que había agotada la sustancia, un material para incorporar en una obra más amplia y esta vez realmente literaria.

§

Remontémonos ahora a un año atrás, a 1884. Con fecha 14 de julio, *le Gaulois* publica un relato de Maupassant titulado *Le Tic*, que no fue reproducido, como el precedente, más que en el volumen *Le Colporteur*⁹. La escena se desarrolla también en Châtel-Guyon, «pequeña estación de Auvernia oculta en una garganta, al pie de la

montaña, de esa montaña donde brotan tantas fuentes burbujeantes, procedentes del profundo horno de los antiguos volcanes». Pero ahí no se encuentra nada que haya sido retomado en *Mont-Oriol*.

No ocurre otro tanto con una crónica aparecida igualmente en *le Gaulois* un poco antes, el 11 de mayo de 1884, y que hoy se puede considerar inédita, puesto que no ha sido nunca recogida en la obra de Maupassant. Tiene por título *Malades et médecins* y no es dudoso que hubiese servido de esquema para diversos capítulos de *Mont-Oriol*. En una primera parte, en efecto, es también en Auvernia donde sitúa esas fuentes termales que brotan de su suelo volcánico.

«Entre dos cumbres» y dominando el paisaje surgió «el majestuoso y macizo cono del puy de Dôme. Alrededor de este pesado gigante, más lejos o más cerca, se erigía una población de picos. Muchos de entre ellos parecen truncados, que antaño arrojaban llamas y humo. Volcanes apagados cuyos cráteres muertos se han convertido en lagos.»

Destaquemos las expresiones características contenidas en este párrafo; vamos a encontrarlas en un pasaje de la novela. Pero esta vez el arte literario transforma la redacción que se prolonga, se enriquece y se desarrolla según un orden progresivo:

La montaña se extendía a izquierda, hacia Clermont-Ferrand, y se alejaba, dejando ver sobre el cielo azul extrañas cumbres truncadas, semejantes a monstruosas pústulas: los volcanes apagados, los volcanes extintos. Y allá abajo, muy abajo, entre dos cimas, podía observarse otra, más alta, más lejana aún, redonda y majestuosa, que tenía en lo más alto algo extraño que parecían unas ruinas. Era el Puy de Dôme, el rey de los montes de Auvernia, robusto y compacto, manteniendo en lo alto, como una corona colocada por el más grande de los pueblos, los restos de un templo romano.

Por debajo de la cadena montañosa, la Limagne despliega su inmensidad. Sabemos como está calificada en *Mont-Oriol*: «llanura infinita..., velada por un vapor ligero, un vapor azul y suave», bajo el cual se distinguen «ciudades, pueblos, bosques», etc. Estos términos son tomados de la crónica:

A la derecha, el camino domina una llanura infinita, poblada de pueblos y ciudades, rica y boscosa: la Limagne... Todo ese desmesurado horizonte está velado de un vapor lechoso, suave y claro.

Luego se precisan los detalles del paisaje: «El camino esta bordeado de nogales enormes que la dejan casi al abrigo del sol.» *Mont-Oriol* ofrece una frase análoga:

El camino ahora estaba abrigado por enormes nogales cuya opaca sombra provocaba un frescor sobre la piel.

Con los nogales se mezclan unos «castaños altos como montes» se dice en la novela, mientras que la crónica habla de «castaños en flor, cuyos racimos, más pálidos que la hojas parecen grises en el verdor sombrío».

A lo lejos, «de vez en cuando, sobre una cima montañosa, aparecía una edificio en ruinas». Y, en *Malades et médecins*, esos antiguos castillos se prestan a una descripción general que en *Mont-Oriol* se hará pintoresca perfilando «la gran silueta del edificio fantástico» de Tournoël.

Sobre las rutas nos encontramos las juntas de las vacas

Las dos bestias van a un paso lento en las rápidas pendientes y cuestas, arrastrando o frenando la enorme carga. Un hombre va delante y regula su paso con

una larga vara con la que les toca de vez en cuando. Nunca les pega. Parece sobre todo guiarlas con el movimiento del palo, como un director de orquesta. Tiene ese gesto grave que somete a las bestias, y se gira a menudo para indicar sus deseos.

Es casi la redacción de *Mont-Oriol*.

Finalmente el aire se carga de ese perfume especial que conocemos ya por *Mes vingt-cinq jours* y cuya naturaleza es definida de nuevo en *Malades et médecins*:

El polvo de los caminos, cuando hace calor y se levanta en torbellinos, transporta un olor azucarado que recuerda un poco a la vainilla y que nos hace pensar en los establos.

Análogamente, «la viña, apenas sin flor, exhala un aroma dulce y exquisito». Es como Paul Brétigny se lo hace observar a Christiane en *Mont-Oriol*, «Un olor delicioso, al que ningún otro olor es comparable, tan fino, tan ligero, que casi parece un olor inmaterial». Añadamos finalmente «la fragancia poderosa de los castaños, el sabor azucarado de las acacias, los aromas de la montaña y la hierba que huele tan bien, tan bien, tan bien, ¡que nadie duda de ello!», lo que corresponde en la crónica de 1884 a esta frase más prosaica:

Los castaños, las acacias, los tilos, los finos, el heno y las flores silvestres de las cunetas cargan el aire de perfumes ligeros y persistentes.

Como se funda y como se gestiona una ciudad balneario: tal es el tema de *Mont-Oriol*, añadiéndole una intriga sentimental. Ahora bien, queremos recordar en algunas palabras los diversos capítulos que desarrollan el tema esencial de la novela, nos bastará tomar prestado el siguiente párrafo de *Malades et médecins*:

En cada una de las estaciones termales, que se crean alrededor de cada arroyo tibio descubierta por un paisano, se interpretan toda una serie de escenas admirables. Primero es la venta de la tierra por el campesino, la formación de una Sociedad de capital, ficticio, de algunos millones, el milagro de la construcción de un establecimiento con estos fondos imaginarios y con verdaderas piedras, la instalación del primer médico, con el título de médico superior, la aparición del primer enfermo, por otra parte perpetuo, la sublime comedia entre este enfermo y este médico.

El plan que había trazado así Maupassant, lo realizó exactamente en *Mont-Oriol*. Después de tantas prórrogas, el tío Oriol, ese bravo auvernés, se decide por fin a explotar una roca en sus propiedades, brotando una fuente. Entonces el banquero Andermatt, siempre al acecho de una nueva empresa, entabla conversaciones con el campesino para la compra de los terrenos; se hace propietario de estos últimos y constituye, con un capital de dos millones, la Sociedad anónima «denominada Sociedad del Balneario de Mont-Oriol». Apenas un año después, la joven estación ponía a disposición de los enfermos un hermoso edificio pomposamente denominado «Termas de Mont-Oriol», un gran hotel y un casino, ambos «de una blancura nueva, brillante y cruda», a los pies de una colina y al lado de un pequeño parque. Y el doctor Latonne, ascendido a médico inspector, no había tenido, como antaño el doctor Bonnefille en el antiguo establecimiento, más que escribir un folleto donde alababa «en estilo majestuoso y sentimental» las seducciones de la región a la vez que las cualidades terapéuticas de las fuentes. Sin duda también estaba dispuesto a representar de nuevo,

con la rica clientela, la comedia con la que Christiane Andermatt se había divertido el año anterior.

Pero ese doctor Latonne, una de las creaciones más irónicas de Maupassant, no tiene conciencia de la alegría que provoca. Es el médico «correcto, sin edad, vestido con un traje elegante y llevando en la mano el sombrero de copa de seda, el médico parisino sin barba ni bigote», que habla con facilidad, aplica un método de diagnóstico original y metódico y posee en fin «unos modales, una elegancia, un cachet » particular. El aventurero Mazelli contrasta con él: «Es un hombre maravilloso», que «no cree en los remedios» y «cura por el masaje y el curaçao»; también hace «interesante a la propia medicina, en tanto se expresa con un leve escepticismo que le sirve para convencer a sus oyentes de su superioridad». Luego he aquí un hijo del país, el doctor Honorat, «reconocible por su gran sombrero», fino y bravo, «plácido» y «prefiriendo mucho más las cartas y el vino blanco a la medicina». Duda tanto de la eficacia de las aguas, pues «si se las hiciesen beber, no la haría por nada del mundo», en tanto que su colega Bonnefille, el terrible «inspector del balneario de Enval-les-Bains», tiene la certeza de que son «soberanas»; también «sus recetas toman el aspecto temible de una requisitoria» con «sus numerosos párrafos de dos o tres líneas cada una, de una escritura rabiosa, erizada de letras picudas»; y sus enfermos no podrían escapar a sus directrices, «pues los vigila con mirada severa». Por el contrario, que discreto es el doctor Black, «ese hombrecito de cabeza de dogo que hablaba bajo, siempre en todos los rincones con todo el mundo... el único médico como hay que serlo, se decía, el único en el que una mujer puede depositar toda su confianza». Mont-Oriol no olvida en absoluto a los clientes distinguidos, cuyo nombre garantiza el éxito de la nueva estación. Se trata del profesor Cloche, «un gran caballero de cabello blanco, cayendole detrás de las orejas, el sabio clásico, según el formato académico», que tiene «un aspecto imponente como si hubiese aprendido a caminar en la Comédie-Française, dejando ver al pueblo su roseta de oficial de la Legión de honor». También se encuentra el profesor Mas-Roussel, «un apuesto médico, sin barba ni bigote, sonriente, pulcro, apenas entrecano, un poco gordo, y cuya dulce figura no se asemeja ni a la de un sacerdote ni a la de un actor». Y, antítesis viva con éste, encontramos al profesor Rémusot, «bajito, con cabellos amarillentos mal peinados, un chaleco de corte deficiente, aspecto sucio de sabio despistado».

Tales son, en su diversidad, los médicos que pululan por la novela y a los que Maupassant ha caricaturizado bajo forma de retrato. Además parece que los haya estudiado ampliamente, puesto que en su artículo del *Galois*, en 1884, ya los relaciona, estando cada uno de ellos caracterizado por un adjetivo preciso:

Cada villa de agua termal para un observador es una California cómica. Cada doctor es un tipo encantador, desde el doctor correcto, a la inglesa, con corbata blanca, hasta el doctor escéptico, espiritual y malicioso, que cuenta a los amigos sus procedimientos y sus trucos. Entre estos dos modelos, encontramos al doctor paternal y buen chico, el doctor científico, el doctor brutal, el doctor de mujeres, el doctor de largos cabellos, el doctor elegante y muchos otros.

Es con esta nomenclatura como se acaba la primera parte del artículo. En la segunda, se hace mención de uno de esos médicos hábiles en captar la opinión. Anuncia en efecto que unas aguas descubiertas por él poseen la inapreciable propiedad de prolongar la vida humana; y se rodea de centenarios que son otras tantas pruebas irrefutables. Ahora bien, un día, recibe la visita de un anciano de ochenta y seis años. Es un buen hombre, todavía despierto, que pide al médico le proporcione todos los detalles fisiológicos relativos a las personas mayores de más de ochenta años y que le advierta

cuando una u otra fallezca, dándole a conocer las causas del fallecimiento. Con ayuda de las informaciones del doctor, el singular anciano se explica cada caso, sea por una imprudencia, sea por saltarse un régimen, etc. Pero ocurre que un hombre de noventa y nueve años se muere, sin que el médico pueda dar una razón plausible de la muerte bruscamente sobrevenida. Acosado a preguntas por su curioso cliente, se impacienta y dice:

Ha muerto porque ha muerto. ¡eso es!– ¿Qué edad tenía exactamente? Ya no recuerdo – ochenta y nueve años. – Y el viejecito, con aire incrédulo y tranquilo, exclamó: ¡ochenta y nueve años! ¡Ah... entonces, tampoco ha sido la vejez!

De la manía de ese anciano que no quiere admitir que se pueda morir de vejez, *Mont-Oriol* ha conservado como un eco muy débil en la página 377: El ingeniero Aubry-Pasteur, que prestaba sus servicios al nuevo establecimiento termal con «sus conocimientos y su celo desinteresado», muere súbitamente de un ataque de apoplejía. Andermatt se muestra intensamente contrariado ,cuando conoce esta noticia que puede perjudicar los intereses comerciales de la naciente estación. Maupassant lo describe en estos términos:

El banquero, muy nervioso, iba y venía en el despacho del inspector ausente, buscaba los medios de atribuir otro origen a esa desgracia, imaginaba un accidente, una caída, una imprudencia, la ruptura de un aneurisma...

§

Se constata pues que Maupassant utilizó la crónica *Malades et médecins* al menos a título de sumario para algunos capítulos de *Mont-Oriol*. Pero ¿en qué condiciones la había compuesto? Se está tentado a pensar que, al igual que *Mes vingt-cinq jours*, la habría escrito con motivo de una excursión a Auvernia, o inmediatamente después. Ahora bien, enseguida surge una dificultad. El artículo apareció el 11 de mayo de 1884, y es difícil pensar que antes de esa fecha, es decir en una estación donde la temperatura apenas es suave, Maupassant haya emprendido un viaje a Auvernia. Además, gracias a su correspondencia con Marie Bashkirtseff, sabemos el empleo de su tiempo en esa época. Desde marzo de 1884 hasta el 10 de mayo, Maupassant escribió a la joven artista seis cartas expedidas desde Cannes, desde París o desde Étretat, y en la tercera, fechada el 3 de abril, anuncia que acaba de pasar quince días en la capital¹⁰. No tuvo pues ocasión de ir a Auvernia.

Por otro lado, al principio de su artículo, él mismo explica su génesis: «¡Singular misterio es el recuerdo!» comienza, para precisar de inmediato:

¿Por qué un soplo de aire cargado de olores, de hojas bajo los castaños de los Campos Elíseos, evoca de repente un camino, un enorme camino, a lo largo de una montaña, en Auvernia?

Así, un perfume primaveral respirado en París habría recordado a Maupassant los senderos de acacias, las viñas y la vainilla disfrutadas en Châtel-Guyon, y por asociación de ideas todo un mundo de recuerdo que se habría apresurado a hacer revivir escribiéndolos. Desde luego le era fácil recordar esos recuerdos, pues databan de un año apenas. Pero ya los había fijado sobre el papel y su explicación no es más que a

¹⁰ Ver *Revue des Revues*, 1 abril 1896.

medias verídica: para componer su crónica *Malades et médecins*, Maupassant recurrió menos a su memoria que a dos artículos anteriores.

Uno de ellos se titula *Un Vieux* y fue entregado al *Gil Blas* el 26 de septiembre de 1882. Únicamente puede ser leído hoy, pues nunca ha sido recopilado, aunque más de uno merece haber sido preservado del olvido. Allí se encuentra a lo largo, con detalles de circunstancia, la historia de ese viejecito que ha sido resumida en la segunda parte de *Malades et médecins*. Las dos redacciones acaban en idénticos términos.

En cuanto a la primera parte de *Malades et médecins*, constataremos igualmente que una buena mitad se ha tomado prestada de uno de esos «pequeños viajes» que Maupassant se complacía en contar a los lectores del *Gil Blas*. Éste lleva por título: *En Auvergne*; apareció el 17 de julio de 1883 y jamás fue reimpresso a continuación.

Durante el verano de 1883, en efecto, el escritor hizo una estada, la primera, en Châtel-Guyon. Aprovechó su estancia para emprender grandes excursiones por esa región que le encantaba. Fue así como, en el relato *Humble drame*, que fue publicado el 2 de octubre de 1883 por el *Gil Blas* antes de tomar lugar en *les Contes du jour et de la Nuit*, relata su ascensión al pico de Sancy y su visita al lago Pavin así como a las ruinas del castillo de Murol.

Pero la crónica *En Auvergne* es más rica en sensaciones. Tras un largo preámbulo un poco al margen del tema, Maupassant comienza por caracterizar Auvernia de un modo general.

Auvernia, escribe, es la tierra de los enfermos. Todos sus volcanes extintos parecen calderas cerradas donde todavía calientan en el vientre del suelo, aguas minerales de todo tipo. De esas grandes marmitas ocultas parten fuentes cálidas que contienen todos los medicamentos propicios para todas las enfermedades.

Esta frase inicial, será retomada en el artículo *Malades et médecins* sin cambiar ni una palabra, contentándose con añadir al final este simple variante: «... que contienen, según dicen los médicos interesados, todos los medicamentos...»

Sobre la región, pronto vemos levantarse «el cono macizo y majestuoso del puy de Dôme». Esos dos adjetivos, los hemos leído antes en orden inverso. Pero, mientras que en 1884 Maupassant se limita a decir que un «pueblo de picos» rodea al gigante de los montes, en 1883 había enumerado esos picos, a saber «el puy de la Vache, el puy Monchier, el puy du Pariou, el puy de la Nugère». Y esta lista es el esbozo de la que será dada en *Mont-Oriol*.

He aquí ahora la Limagne: «Una llanura infinita, poblada de pueblos y ciudades, rica y boscosa... Todo ese horizonte desmesurado y velado de un vapor lechoso, suave y claro». Ese panorama será repetido palabra por palabra en *Malades et médecins*, antes de pasar a la novela.

Sobre la línea azul pálida que lo limita, los montes forman manchas oscuras. Casi todos llevan en su cima antiguos castillos fortificados. Sabemos que estos últimos son objeto de una descripción sucinta en el artículo *Malades et médecins*. Ahora bien esta descripción es la copia de la que había sido realizada en 1883 en estos términos:

Encima de un amplio edificio cuadrado, coronado de almenas, se eleva una torre. Los muros no tienen ventanas, nada más que unos agujeros casi imperceptibles. Se diría que esas fortalezas han crecido en las alturas como champiñones de montañas. Están contruidos en piedra gris que no es otra cosa que la lava de los antiguos volcanes, que se ha vuelto más oscura todavía con el paso de los siglos.

Resumid esta frase final y decid: «Están construidas en piedra gris que no es otra cosa que lava»; modificad por otra parte el adjetivo «imperceptibles» por el de «invisibles», y tendréis la redacción de 1884.

Paralelamente, en lo concerniente al ganado y los olores, Maupassant en 1884 reproducirá lo que había escrito en 1883, salvo dos variantes de palabras, además insignificantes.

Una buena parte del artículo *En Auvergne* ha sido pues incorporado a la crónica *Malades et médecins*, y por consecuencia a *Mont-Oriol*. Así nos es revelado una nueva fuente de la novela. Prosigamos el análisis y veamos que elementos ha puesto todavía en su relación de 1883.

Uno de los procedimientos terapéuticos en uso en Châtel-Guyon consiste en el lavado de estómago. Maupassant lo describe en detalle en *Mont-Oriol*. En 1883, era un método nuevo del que se esperaban felices resultados. Pero el escritor, que no duda en someterse a la tortura, lo llama «el suplicio del agua». Ese es el término que emplea para caracterizar la operación antes de enumerar sus peripecias. El relato que entrega *En Auvergne* resulta curioso de comparar con la redacción de la novela en la que él representa más bien en paralelo más que un esbozo, pues parece meneos alerta, es, desde luego, más circunstancial. De una y otra parte, vemos al enfermo «estrangulado en una especie de camisa de fuerza» de caucho o de tela encerada. Se le introduce en la boca, luego en la garganta y poco a poco «»hasta el fondo del vientre, una de las ramas de un tubo «con tres embocaduras, especie de serpiente roja, larga, delgada, enrollada sobre si misma y que parece tener tres cabezas». Otro brazo comunica con una fuente, mientras que el tercero vierte en un recipiente de vidrio:

El paciente extiende las manos, estertor, jadeante como un perro rabioso, y, sacudido de arcadas como las personas que se marean en el mar, trata de rechazar el horrible tubo... Entonces, de golpe, el ayudante abre un grifo y el agua penetra en el paciente, hinchándole como esos camellos que beben en las cisternas la provisión de un mes. Su cuerpo se tensa, su rostro se vuelve violáceo. ¡Parece que va a expirar! Pero, oh, milagro, un hilillo de agua brota de repente de la embocadura puesta en el recipiente de vidrio.

¡Es la liberación!

En las proximidades del establecimiento termal, «sobre un montículo se eleva un pequeño casino, templo de otro tipo». En 1883, «un maestro de capilla de París, el Sr. Bertriner, músico entusiasta», organizaba allí conciertos con la colaboración de una «pequeña troupe excelente»:

Se hace allí, dice Maupassant, en esta garganta de montañas, lejos de toda ciudad, la gran y auténtica música.

Se representan también comedias, añade; los actores pertenecen al joven personal del Odeón. La actriz (está sola), la Srta. Pinson, es encantadora.

La ironía está ausente de estas notas, y sin embargo el Sr. Bertringer ¿no se convertirá en *Mont Oriol* en el maestro Saint-Landri, al igual que la Srta. Pinson es el prototipo de la Srta. Odelín?

Algunos de los sitios de los alrededores de Châtel-Guyon están igualmente indicados en el artículo *En Auvergne*. He aquí al principio, próxima a la estación termal, «la garganta soberbia que se ha bautizado: El Fin del Mundo Se diría en efecto que el mundo acaba allí. La suave montaña de Auvergne se convierte en salvaje y quiere caer al precipicio. Se afianza en un macizo de rocas desnudas de donde baja un torrente, se

sube, se escala a lo largo de cornisas de piedra; y de repente se llega a lo alto, a un pequeño valle que parece un parque inglés, donde el torrente de antes no es más que un claro arroyo, fluyendo bajo los árboles entre dos praderas en las que terminan unos bosqucillos». Estas líneas desprenden un encanto poético que no se encontrará en *Mont-Oriol*, donde se lee esta descripción precisa pero tierna:

La garganta, cada vez más estrecha y tortuosa, se hunde en la montaña. Hay que franquear enormes piedras. Se pasa sobre dos grandes rocas el pequeño río, y después de haber rodeado un roquedal de más de cincuenta metros de alto que tapa toda la brecha, se está encerrado en una especie de foso estrecho, entre dos murallas gigantescas, peladas hasta la cima, donde se cubren de árboles y vegetación. El arroyo forma un gran lago, como una piscina, formándose un auténtico agujero agreste, extraño, inesperado, como uno de esos que se encuentra más frecuentemente en los relatos que en la naturaleza.

Más lejos «aparece un castillo feudal en ruinas, Tournoël». Que pálida, en esta ocasión, esas palabras al lado del croquis en la mapa que en la novela perfila sobre el horizonte la vieja fortaleza:

El antiguo castillo, erguido sobre su pico, dominado por su alta y delgada torre, inclinada hoy y desmantelada por el tiempo y las antiguas guerras, dibujaba, sobre un cielo de apariciones, su enorme silueta de mansión fantástica.

Por fin se llega a Volvic, «pequeña ciudad donde se explota y comercializa la lava y que domina una Virgen desmesurada, plantada al borde de la costa». *Mont Oriol* no dirá nada más de esta pequeña ciudad, pero lo dirá de otro modo. En el transcurso de una excursión al puy de la Nugère, Luois Oriol muestra en efecto a sus compañeros «las canteras donde se talla la piedra, indica la colada como una carrera, de donde se extrae la lava en bruto, y hace admirar, de pie sobre una cima y planeando encima de Volvic, la inmensa Virgen negra que protege la ciudad».

Añadamos para terminar que en el artículo no está ausente la nota alegre. *En Auvergne*. Maupassant no ha resistido al maligno placer de contar la historia de ese pueblo donde «una virgen privilegiada, una virgen de piedra, facilita el embarazo a las mujeres estériles». Este gracioso relato tendrá su equivalente en el chascarrillo de los «pecados del señor cura» insertado en *Mes vingt-cinq jours*; pero no será retomado en *Mont-Oriol*.

§

Resumamos y establezcamos el orden cronológico. En 1883, la relación *En Auvergne*, recordando una primera estancia en Châtel-Guyon y una serie de excursiones por toda la región de los alrededores; en 1884, el artículo *Malades et médecins*, que está en parte tomado del precedente y se funde en el resto con las observaciones recogidas el año anterior en la estación termal; en 1885 finalmente, la crónica *Mes vingt-cinq jours*, donde son anotados los incidentes de una segunda estancia en la ciudad balneario: he aquí tres fuentes utilizadas por Maupassant para la composición de *Mont-Oriol*.

En efecto era un procedimiento en Maupassant el retomar en una novela diversos documentos anteriormente publicados. *Une Vie* y *Bel Ami* nos proporcionan la prueba¹¹. No es pues asombroso que haya actuado del mismo modo para *Mont-Oriol*.

¹¹ Ver Edouard Maynial, La composition Dans les romans de Maupassant (Revue beleu, 31 octubre y 7 de noviembre de 1903)

Pero fue la última vez. Ni *Pierre et Jean*, ni las novelas posteriores revelarán semejante trabajo de mosaico.

Además, en *Une Vie* y en *Bel Ami* Maupassant, a decir verdad, habría incorporado relatos ya aparecidos, sin modificarlos o no aportando más que ligeros retoques. Por el contrario en *Mont-Oriol*, no retiene más que materiales de los que se sirve más que de la sustancia y algunos vocablos de elección: les pide sobre todo un marco y un sumario.

§

A este respecto, *Mont-Oriol* cierra un periodo en el proceder de Maupassant. Pero abre otro mucho más significativo. Esta novela, en efecto, mezcla a una parte documental una historia de amor completamente penetrada de emoción. El autor abordaba así una labor que no le resultaba familiar. Pues hasta ese momento, fiel discípulo de Flaubert, había aplicado el dogma de la impersonalidad literaria y enmascarado su alma bajo un velo de indiferencia. Ahora, emprendía una obra de un género nuevo que le reservaba dificultades insospechadas. Un esfuerzo largo tiempo sostenido le permitió vencerlas.

En 1885, después de su estancia en Châtel-Guyon, Maupassant pasa el otoño en Étretat, donde permanecerá hasta el 25 de noviembre. Luego pasará algunos semanas en Paris, y finalmente irá a instalarse al cabo de Antibes, a la villa Mutterse, que había alquilado para el invierno¹². La composición de *Mont-Oriol* fue más o menos el único objeto de sus preocupaciones. Parece haber avanzado lentamente, a causa sobre todo de la intriga sentimental. Si bien el novelista escribía a la Sra. Lecomte du Noy, el 2 de marzo de 1886:

¿Que os podría decir? Navego y, sobre todo, trabajo. Escribo una historia de pasión muy exaltada, muy alerta y muy poética. Eso me cambia - y me fatiga. Los capítulos sentimentales están mucho más corregidos que los otros. Al final todo viene a ser lo mismo; a todo se acostumbra uno con paciencia; pero yo me río a menudo de las ideas sentimentales, muy sentimentales y tiernas que se me ocurren buscando bien. Tengo miedo de que eso me convierta en un autor de género amoroso, no solamente en los libros, sino también en la vida; cuando el espíritu toma una costumbre, la conserva, y ciertamente, algunas veces paseando sobre el cabo de Antibes, un cabo solitario como una landa de Bretaña, preparando un capítulo poético a la luz de la luna, llego a imaginarme que esas aventuras no son tan tontas como se podría creer.¹³

Maupassant tenía pues conciencia de inaugurar un nuevo estilo que haría laboriosa la redacción de *Mont-Oriol*. También es inverosímil que desde marzo de 1886, haya pedido al impresor las primeras pruebas de su novela. François, su mayordomo, lo afirma¹⁴, pero por uno de esos errores que no son raros en sus *Souvenirs* demasiado tardíamente redactados.

En esa época, Maupassant había avanzado tan poco en su obra, que aprovechó una tercera estancia en Châtel-Guyon durante el verano de 1886 para controlar los detalles. Como la Sra. de Maupassant lo explica mediante la siguiente carta a Renée d'Ulmès,

¹² Ver *Souvenir* sur Guy de Maupassant, por François, su mayordomo (Librairie Plon, 1911)

¹³ *Correspondance*, en el volumen *Boule de Suif*, edición Canard, o apéndice a *Mont Oriol*, misma edición. Esta carta ha sido reproducida además en *En regardant passer la vie*.

¹⁴ *Souvenirs sur Guy de Maupassant*.

«desconfiaba de la deformación que el recuerdo inflige a los objetos»¹⁵. A menudo subía hasta el lago de Tazenat y se instalaba allí para trabajar, en el pequeño pabellón situado a orillas del agua, entre los árboles, del que él habla a su vez en *Mes vingt-cinq jours* y en *Mont-Oriol*, y que el propietario, un terrateniente de los alrededores, había puesto a su disposición, habiendo nacido una espontánea y cordial amistad entre esos dos hombres que debían acabar su vida en las mismas condiciones¹⁶. Y de regreso a Châtel-Guyon, «en el albergue de la Sra. Parat», por la noche después de cenar, leía las páginas escritas durante la jornada, pidiendo la opinión de su excelente anfitriona, la cual, según el Sr. Victor de Cottens, que fue testigo de esas escenas, se mostraba «muy orgullosa de la confianza que se le testimoniaba y asentía con la cabeza, aquí y allá, con un airecillo de entendida absolutamente divertido»¹⁷»

Sin embargo Maupassant necesitó varios meses más para acabar *Mont-Oriol*. Trabajaba allí en octubre de 1886, en Antibes, donde venía a fijar su residencia de nuevo, pero esta vez al chalet de los Alpes. En efecto, su editor Victor Havard, con fecha 32, le decía al final de una carta de negocios: «Espero que el clima de Antibes le resulte saludable y le permita acabar su nueva obra maestra rápidamente»¹⁸» Dos meses después, día tras día, «la nueva obra maestra» aparecía por entregas en el *Gil Blas*.

A. GUÉRINOT

Publicado en *Le Mercure de France*, el 15 de junio de 1921.

Traducido por José Manuel Ramos González para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

¹⁵ Renée d'Ulmès, *Guy de Maupassant; détails inédits sur son enfance et sa première jeunesse*, en *Revue des Revues*, del 1 de junio de 1900. ver también A. Lombroso, *Souvenir sur Maupassant*.

¹⁶ Ver el interesante artículo publicado por el Sr. Henry Frichet en el *Gil Blas* del 1 de agosto de 1912, bajo el título: *Le lac tragique*.

¹⁷ *Le Voltaire*, 8 de julio de 1893.

¹⁸ A. Lombroso, *Souvenirs sur Maupassant*; ver Ed. Maynial, *La vie et l'oeuvre de Guy de Maupassant*. Editions du *Mercure de France*).